

las palabras imposibles

·NARRATIVA·

Álvaro Corredor Estrada

las palabras imposibles

·SCHEDAS·

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Salvo usos razonables destinados al estudio privado, la investigación o la crítica, ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, eléctrico, químico, óptico, impreso en papel, como fotocopia, grabación o cualquier otro tipo, sin el permiso preceptivo.

© 2017 de texto, Álvaro Corredor Estrada
© 2017 de la edición, SCHEDAS

Edita: SCHEDAS, S.L.
Paseo Imperial, 43C
28005 Madrid
España
Tel.: +34 911264770
ofi@schedas.com
www.schedas.com

Primera edición: 2017

Diseño de cubiertas: MMB

ISBN (impreso): 978-84-16558-43-8
ISBN (EPUB): 978-84-16558-44-5
ISBN (MOBI Kindle): 978-84-16558-45-2

Impresión: CreateSpace, Amazon.com

Índice

pórtico	11
mariluz	15
entrevista	23
desconcierto	43
madre	53
esperanza	59
pablo	75
raíces	91
representación	99
amor	117
verdad	139
muerte	143
ángel	161
vacío	175
agonía	183
recuerdos	197
soledad	203
cruz	219
oscuridad	231
frío	239
incertidumbre	245

consuelo	251
certeza	259
naufragio	267
niebla	283
amanecer	299
combate	305
infancia	319
alegría	327
cenizas	339
luz	351

*A mis amigos, especialmente
a quienes me han ayudado
a escribir estas
palabras imposibles.*

*Los que de corazón se quieren
sólo con el corazón se hablan.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

pórtico

Ésta es, querido lector, una historia real. Pero no porque haya ocurrido tal como la cuento, incluso con las naturales licencias que concede una novela, sino porque refleja infinidad de historias que han sucedido de forma semejante, aunque con diferentes protagonistas. He tratado, simplemente, de darle forma a una realidad que sigue existiendo, más o menos oculta, en muchas almas. Y ése es, si lo tiene, el valor de estas páginas.

Es la historia de una lucha interior que viene marcando desde hace siglos la vida de multitud de personas que han decidido adentrarse en las profundidades de la vida humana y enfrentarse a los misterios que encierra.

Soy consciente de que se trata de una búsqueda que no está de moda, porque esos misterios, de los que vivimos sin saberlo, carecen de importancia para la mayoría de la gente, que acepta sobrevivir empujada siempre por el imparable torrente de las prisas y las modas.

Pero me resisto a creer que no haya alguien que luche a contracorriente para no ser arrastrado por la fuerza de ese aluvión de tópicos que imponen al pensamiento actual su férrea dictadura.

El problema de las modas es que pasan. Cier-
to que son sustituidas por otras; pero siempre
convierten todo lo que tocan en efímero, aunque
le presten durante unos instantes el fulgor de un
día. Y, como resultado de su yugo, el ser huma-
no tiene que vivir permanentemente sometido
al alud de criterios provisionales en constante
cambio. Y lo que se presenta como vida humana
plena, no es, en el fondo, más que una existencia
enajenada.

Lo cierto es que, bajo la capa superficial que el
mundo toma como lo verdadero, late lo auténti-
co, que no es otra cosa que misterio; es decir, algo
incomunicable y esencial que no se alcanza a ver
con los ojos del cuerpo, sino con los del alma. Y
no se puede comunicar con palabras, sino con
el corazón. Porque se trata de realidades que, a
simple vista, resultan imperceptibles en su pro-
fundidad. Pero eso no significa que no se puedan
conocer, a condición de que nos desprendamos
de la vana presunción de pretender hacerlo con
la mirada superficial e inmediata que nos presta
el mundo.

Creo que el mismo carácter misterioso que
posee la condición humana la dota de la capaci-
dad de conocer y comunicar las realidades mis-
teriosas fundamentales; una capacidad que vie-
ne siendo despreciada por el mundo desde hace
unos siglos y que, como consecuencia, se ha ido
atrofiando y está en riesgo de extinción y, por

ello, necesita de almas generosas que la rescaten y la defiendan.

Para ello urge que quienes aspiran a una vida verdaderamente plena entiendan que resulta imprescindible entenderse y entender todo desde esta perspectiva, así como comunicarse por el único medio que permite compartir este conocimiento esencial, que no es otro medio que el amor como forma de conocimiento y de comunión interpersonal; aunque eso comporte situarse a contrapelo de un mundo interesado sólo en lo epidérmico de la vida.

Estoy convencido de que, más allá de toda polémica teórica, hay personas que demuestran que no estamos condenados a dejarnos engullir por ese torrente devorador de las esencias que domina el mundo. Existen esos seres extraordinarios que se sienten impulsados a vivir del único modo que entienden que pueden ser verdadera y plenamente humanos.

De ellos escribo. Cuento lo que he visto, y lo que he tocado. Que es lo que yo mismo quisiera vivir. Da igual el nombre de esas personas, o el lugar y el tiempo en que viven o vivieron. Han existido y existen. Tal vez no son muchas. Pero eso tampoco importa. Aunque sólo fuera una, su sola existencia demostraría que es posible nadar a contracorriente hasta alcanzar la fuente original de la que brota el agua cristalina de la verdad.

He tratado de ponerle palabras a una realidad que grita en silencio, con la elocuencia de los hechos, la verdad sobre la que asentar firmemente la palanca capaz de cambiar la propia vida y el mundo entero.

mariluz

Intuía vivamente que se hallaba ante la puerta de su propia vida y que, una vez se abriera, estaría obligada a volver a escribir su historia, adentrándose en la existencia de una extraña, que no era sino ella misma, y abandonando todo lo que constituía su mundo hasta aquel momento. Mariluz se había sentido capaz de afrontar el reto. Pero ahora, la mano vacilante que se acercaba al pulsador ponía en evidencia un miedo que creía vencido. Sin embargo, habiendo llegado hasta aquella puerta, ya no podía volverse atrás. Decidió pulsar el timbre antes de que el temor tomara las riendas de sus pasos empujándola a traicionar su decisión.

En realidad no era sino una de tantas puertas idénticas, indistinguibles salvo por los rótulos de las empresas a las que pertenecían, de las muchas que ocupaban un moderno edificio de cristal del Paseo de la Castellana de Madrid. Mariluz se había detenido frente a la que rezaba: «Seguros Cóndor», y sabía que, una vez la traspasara, nunca volvería a ser la misma.

El sonido del timbre tensó su cuerpo y detuvo su respiración. Escuchó unos pasos que se acer-

caban y respiró hondo para tranquilizarse. Repasó la situación y no pudo evitar verse de niña en la alcoba de sus padres, con la melena recogida en un rudimentario moño, los labios y las mejillas torpemente pintados, subida a unos zapatos de tacón de su madre y enfundada en un vestido que la desbordaba y al que daba vuelo evolucionando con gracia ante un espejo que le devolvía, con extraña complicidad, su estrafalaria imagen. Así se veía en aquel instante. Había considerado imprescindible disimular la evidente lozanía que delataban sus casi veinte años y que resultaba tan poco conveniente para la misión que se había impuesto, y ahora temía que su esfuerzo pudiera volverse en su contra si una excesiva caracterización la asemejaba más a un payaso que a una respetable periodista.

Se tuvo que violentar para detener en el aire el paso atrás que la llevaba, escaleras abajo, de vuelta a su vida. Pero esa vida que fue suya hasta hacía nada ya no le pertenecía. «Tranquila —se dijo—. Son los nervios de una noche en vela». Pero eso no le concedió ninguna tranquilidad. Por el contrario, le volcó encima el peso de una noche interminable de vueltas en la cama y en la cabeza.

Y lo peor del caso es que se había acostado mucho antes de lo habitual, para estar descansada para la entrevista. «¡Descansada! —dijo en voz baja, como una burla—. ¿Cómo podía ser tan tonta para pretender dormirse tranquilamente, como si nada?».

Aunque llevaba varios días preparando su huida, no lograba evitar sentir que traicionaba la confianza de su madre para meterse en una ratonera que podía apresarla de un modo que no había previsto. Porque tenía que reconocer que todos sus pasos venían marcados por el impulso y no por la razón... ¿Tendría que haber esperado, que haber madurado un plan más seguro? ¿Qué hacía allí, a punto de montar una representación que por guion apenas tenía un esbozo que la obligaba a depender de la improvisación?

Pero el problema no estaba en el papel que iba a representar en ese momento, sino en su verdadero papel en la vida, en su propia identidad. Su madre había tratado de quitarle importancia al asunto:

—Hija, no está en juego tu «identidad» porque no has dejado de ser quien eres. Sólo has descubierto un detalle de tu vida, que puede parecerte trascendental, pero no cambia nada de lo fundamental de tu historia.

—¿Cómo puedes decir que es un «detalle» sin importancia descubrir que mi padre no es mi padre?

Vio a su madre tragando aire para amansar al potrillo desbocado:

—Pero Mariluz, hija, ¿cómo puedes decir que no es tu padre el que ha dado más que la vida por ti? —se le traslucía una melancólica decepción.

No tuvo necesidad de que le recordara el amor, los desvelos, el cariño, los juegos infantiles, las

grandes preocupaciones de la adolescencia..., todo lo que constituía su historia, y que había compartido con aquel hombre que era su ideal y, a la vez, su mejor amigo. ¡Claro que era su padre! Lo sabía con absoluta certeza. Como también sabía que sus palabras ofendían la memoria del hombre que representaba para ella lo mejor y más limpio del mundo. Pero no podía evitar oírse a sí misma, en voz alta:

—¡Pero yo tenía derecho a saberlo! ¿Tanto te habría costado decírmelo?

Estaba golpeando a su madre con aquella irrecusable irritación que no podía reprimir y que intuía injusta, y tanto más dolorosa para la pobre mujer cuanto menos lo parecía.

—Ojalá fuera tan sencillo como una cuestión de derechos —respondió con mansedumbre—. Quizá tu padre y yo nos hayamos obligado a darte lo mejor de nosotros mismos y se nos haya olvidado alguna obligación menor...

No se le escapó la pizca de ironía de su madre. Podría haberla ignorado, teniendo en cuenta el dolor y la tristeza que leía en su rostro, pero no lo hizo.

—No era una obligación menor —sentenció, cortante.

Se abrió el silencio entre aquellas dos fortalezas enfrentadas. Mariluz no vio la derrota de su madre hasta que sus ojos encendidos amenazaron desbordarse.

—Lo siento, cariño, si me he equivocado, si te he ofendido... Nunca quise...

—No es eso, mamá —la interrumpió, avergonzada pero incapaz de escuchar otra cosa que su rabia—. Comprende que necesito saber todos los detalles del momento más importante de mi vida...

Percibió el énfasis que daba a la frase grandilocuente para mantener un pulso que sabía ganado, pero estaba decidida a sacarle a su madre los pormenores de unos acontecimientos que se habían convertido en un tesoro que le pretendían arrebatár.

—Perdóname, ¿qué quieres que te diga? Ya te lo ha dicho esa enfermera del hospital. ¿Quieres un nombre? De acuerdo: Andrés Torres Cuéllar.

El esfuerzo con el que pronunció ese nombre y el rictus de dolor que cruzó su rostro puso en evidencia para Mariluz el peso de la traición que suponía para su madre articular unas palabras tanto tiempo silenciadas. Sin embargo, ignoraba que para ella eso supusiera rendirse a una imperdonable deslealtad para con su esposo, aunque fuera con la confianza de poder terminar aquel combate que, además de haberlo perdido, estaba amenazando de muerte a su hija.

—¿Eso es todo? ¿No me vas a contar nada más? —De pronto cayó en la cuenta—. ¿No será él...?

—Sí, es él —cortó la madre—.

—¿El ministro? —insistió Mariluz, incrédula.

—Sí.

—¿Cómo os conocisteis?

—Lo siento, hija. Perdóname pero no puedo decirte... No tengo fuerzas... En realidad —pareció dudar— no sé bien qué decir. Me gustaría poder contarte la historia; pero no la que tú buscas, sino la verdadera. Una historia tan profunda y tan viva como un venero inagotable de cristal... Y ese hombre no tiene nada que ver con esta historia, que es la de tu vida y la mía.

—Puede ser, pero para hacer historia hay que empezar por los acontecimientos.

—¿Los «acontecimientos»? Creo que no hablamos de lo mismo. Y no me parece que te pueda ayudar mucho en tu propósito...

—¡Pues pienso enterarme de todo! Si tú no me lo cuentas, lo harán otros.

—Lo dudo, pero estás en tu derecho de indagar lo que deseas. Pido a Dios que te ayude a descubrir la verdadera luz, aunque no sea eso lo que precisamente buscas.

Ahí quedó el asunto. En el aire. Inconcluso. No podía abrir más una herida impenetrable, pero de la que le llegaba una sangre tan real como la vida de su madre.

Había callado, dejando que murieran las palabras, enterradas en un silencio que separaba a las dos mujeres justo por el asunto que más las unía. Y dejó que su mutismo se adueñara de aquel

amor de hija, que seguía siendo invencible, pero del que afloraban las agallas que anuncian al árbol la certeza de su muerte.

Regresó a la habitual hosquedad de los últimos días. No se permitía pensar que podría aprovechar la incondicionalidad del cariño que le tenían sus padres para vengarse de su silencio con otro silencio. ¿No era esto el «ojo por ojo» del que había huido siempre? Pero, a sabiendas de que les hacía daño, seguía manteniendo en vilo el pulso. Y sonreía, pero lo justo para no alarmarlos.

Mientras tanto, amparada por el clima de secreto creado entre todos, había empezado a buscar noticias del personaje, remontándose en el tiempo hasta encontrar algún que otro cabo del que tirar. Y, de pronto, ya era tarde para retroceder. La maquinaria se había puesto en movimiento. Pero seguir avanzando suponía ignorar la impotencia de aquella mujer que veía marchar a su hija con la tristeza del niño pobre que contempla en el escaparate de la juguetería una vida soñada que nunca será suya.

Y llegó, de inmediato, el día de su partida hacia Madrid. Sin despedirse. Tan sólo una nota, como quitándole importancia. Estaba convencida de que debía emprender aquella misión, su Cruzada; se lo debía a ella misma...; pero el dolor de su madre y el silencio de su padre la desarmaban. Había algo más allá de las palabras y los razonamientos, algo que no lograba atra-

par, más sutil que el aire... y que la arrastraba a la tristeza.

Luego llegó a Madrid, con el hielo de una soledad que atería su alma. Y la inhóspita pensión, y las noches largas... Pero no podía flaquear en su Cruzada. Por imperativa que fuera la sangre que tiraba hacia aquel mundo que desaparecía, más fuerte era el ardor que había prendido en ella y la llevaba. Creía haber tendido una red para atrapar una presa invisible y era ella la que se veía arrastrada.

Y la noche se alargaba, insomne y martilleante, repitiendo incansable las mismas preguntas, insensible a su cansado esfuerzo por aplacarlas: «¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué diré mañana? ¿Y si...?». Y las dudas iban y venían, y se cruzaban en su mente, en un inacabable baile que ella intentaba inmovilizar con unos argumentos que se diluían en un vago aturdimiento que era lo único que le prestaba la oscuridad insomne.

Trató de repasar su trabajo del día siguiente, con la esperanza de salir del torbellino y, quizá, alcanzar el sueño. Había seguido la pista de las personas que aparecían en las noticias referentes a Andrés Torres. Descartando los personajes oficiales, inaccesibles para ella, encontró el rastro de un par de amigos de la época en que su madre... Sólo de uno pudo hacerse con sus señas y había urdido un plan, que ahora se le antojaba infantil, para sacarle información.

entrevista

Quizá debía haber claudicado al impulso de huir de aquel sitio corriendo escaleras abajo. Frente a la empresa de «Seguros Cóndor» veía con pavor la imposibilidad de llevar a cabo un proyecto tan pueril como el que se había propuesto. Pero eso supondría tener que regresar, fracasada, al punto de partida. Su rubor mudó en enardecimiento, y se dispuso a la muerte de los valientes, a pesar de sentir todavía el vértigo del torbellino de una noche que parecía inacabada. Y volvió la duda; y... Ya no había remedio. La puerta estaba abierta.

—Buenos días, vengo a ver a don Ignacio de las Heras —se oyó decir a sí misma.

—Sígame, por favor.

La mujer que la había recibido precedió a la muchacha por un largo pasillo y llamó a una puerta al tiempo que la abría.

—Para el señor de las Heras.

Con un gesto, la hizo entrar y desapareció cerrando tras ella. La secretaria levantó la vista de la máquina de escribir.

—¿Tiene cita?

—Hablé anteayer por teléfono. Por el asunto de...

—Ah, la entrevista... Espere un momento.

Tuvo que tragar saliva. Sentía que se iba a levantar el telón e intentó repasar mentalmente un guion que se le escabullía por las entretelas de la memoria. Con dificultad logró hilvanar los retazos fundamentales de su personaje: según lo previsto, ella diría que acababa de terminar los estudios de Periodismo y estaba haciendo un trabajo para optar a una plaza que el diario ABC de Madrid ofrecía a los nuevos licenciados. «Al menos lo de la convocatoria es verdad», se dijo, confiando en los datos que le había proporcionado su amiga Clara, que sí estudiaba Periodismo.

La mujer descolgó el teléfono mientras señalaba con la mano un pequeño sillón frente a ella.

—Está aquí la señorita Mariluz Hernández —dijo secamente por el auricular.

Sobre una mesita baja, algunas revistas atrasadas. Las dos mujeres cruzaron varias miradas con la incomodidad de los desconocidos, hasta que Mariluz tomó una de las publicaciones, al azar, y fingió leerla, procurando disimular su nerviosismo. A los pocos minutos sonó el teléfono.

—Puede pasar —dijo la secretaria, colgando el auricular.

Frente a ella, un ejecutivo de mediana edad y aspecto cuidado se levantó y le tendió la mano. Su sonrisa no era tan abierta como para tranquilizarla, pero suficiente para romper el hielo.

—Es usted muy joven, señorita.

Mariluz notó que enrojecía ante lo que, a todas luces, no era un buen comienzo para su ficción. Se lanzó al vacío, decidida, bromeando con aparente naturalidad:

—Supongo que eso no será un problema.

—No, no, por supuesto... —dudó él—; pero pensé que se trataba de una propuesta más..., no sé cómo decirlo..., más seria. No se ofenda.

La vacilante disculpa de aquel hombre descubría que estaba considerando el dar por terminado el encuentro. Probablemente creía encontrarse ante la tarea escolar de una niña incapaz de darle a su información la importancia o la difusión que él pretendía; o quizá hubiera otra razón. En cualquier caso, y ante la duda, Mariluz optó por combatir el obstáculo que parecía más probable. Tragó saliva y continuó:

—Comprendo su decepción. Sin embargo, estoy convencida de que no se arrepentirá de nuestra colaboración. Es cierto que me falta experiencia, pero tengo la absoluta certeza de que mi trabajo se publicará en el ABC, con la difusión nacional que eso supone. Es una oportunidad única que no voy a dejar escapar porque —si me permite la inmodestia— no tengo muchos rivales entre mis competidores.

El hombre se acariciaba el mentón mientras sopesaba el asunto. Ella aprovechó su silencio para proseguir: